

gun su costumbre estaban bien fabricadas, las quales tenian la Plaza, i la salida hasta el Mar, i la Calle muy larga, con Torres de caña à ambas partes, i lo alto estaba tejido con bellísimas labores de Plantas, i Iervas, como están en Valencia los Jardines, i lo último àcia el Mar, era vn Tablado, en que cabian diez, ò doce personas, alto, i bien labrado.

CAPITULO XLVIII. Como el Almirante llegó à la Española, i supo la muerte de los Christianos.

EL Viernes à 22. de Noviembre, llegó el Almirante, por la parte del Norte, à la Española, i al instante embió à la Tierra de Samana vno de los Indios, natural de ella, que llevaba de Castilla, convertido à à Nuestra Santa Fè, el qual se ofreció à reducir à todos los Indios al servicio, i paz de los Christianos, i siguió el Almirante su Viage àcia la Villa de Navidad: Quando llegó al Cabo del Angel, vinieron algunos Indios desconfos de rescatar, con los Christianos, i pasando à dar fondo al Puerto de Monte Christo, vna Barca, que fuè à Tierra, encontró dos hombres muertos junto à vn Rio, vno que parecia Moço, i otro Viejo, que tenia al cuello vna foga de çiparò, que es çierta Ierva, i los braços estendidos, i aradas las manos à vn Palo, en forma de Cruz, pero no pudieron los que iban en ella distinguir si eran Indios, ò Christianos: de que tomaron mal agüero.

El dia siguiente, que fuè à 26. de Noviembre, volvió el Almirante à embiar à muchas partes de Tierra, i vinieron los Indios, à hablar con los Christianos muy amigable, i atrevidamente, i tocando los Jubones, i las Camisas de los nuestros; decian, *Camisfa, Jabon*, dando à entender, que sabian los nombres; esto aseguró à el Almirante de la sospecha, que tenia de aquellos hombres muertos, juzgando, que si huviesen hecho los Indios alguna ofensa à los Christianos, que havia dejado alli, no se atreverian à venir con tanto atrevimiento, i sin miedo à los Navios; pero el dia siguiente, estando à furto cerca de la boca del Puerto, después de media Noche, llegó

vna Canoa, i preguntó por el Almirante, i habiendole avisado, mandó, que entrasen los Indios que alli estaba; pero no quisieron entrar, diciendo, que no entrarian, sino le vian, i conocian; de manera, que se vió precisado el Almirante à salir à bordo à oírlos, i luego entraron dos, que llevaban dos Mascaras en la cabeça, i se les dieron al Almirante, de parte del Cacique Guacanagari, diciendo, que se le encomendaba mucho; i preguntandoles el Almirante por los Christianos, que havia dejado alli, le respondieron, que algunos havian muerto de enfermedad, i otros se havian dividido de la compañía, i otros se havian ido à otras Tierras, i que tenian à quatro, ò cinco Mugereres; pero aunque se coligiese del modo de hablar, que todos, ó la maior parte eran muertos, no obstante pareciendole al Almirante, que por errores no debia hacer otra cosa, volvió à embiar à los Indios con vn presente para Guacanagari, i para ellos, i se fueron aquella Noche.

CAPITULO XLIX. Como el Almirante fue à la Isla de Navidad, i la halló quemada, i despoñada, i como habló con el Rei Guacanagari.

EL Jueves 28. de Noviembre, à hora de Visperas, entró el Almirante, con su Armada, en el Puerto, que está delante de la Villa de la Navidad, i la halló toda quemada, sin que aquel dia viesen por todo aquel contorno persona alguna; al otro dia desembarcó el Almirante, con gran dolor de ver las Casas, i la Fortaleza abrasadas, i las casas de Christianos, estaban derrotadas, como otras cosas, i como si fuese País, saqueado; mas no havia ninguna persona à quien preguntar: entró el Almirante con algunos Bateles en vn Rio vecino, i en tanto que andaba por él, mandó limpiar el Poço de la Fortaleza, creyendo, que se hallase en él Oro, porque à el tiempo de su partida, temiendo lo que podia suceder, havia mandado à los que quedaban alli, que hechasen en aquel Poço todo el Oro, que tuvieran; pero no se halló nada, ni el Almirante, en todo lo que corrió con los Bateles, pudo coger Indio alguno, por

que todos huian de sus Casas à los Montes, i no habiendo hallado mas que algunos andrajos de los vestidos de los Christianos, se volvió à la Navidad: No lejos de la Plaza hallaron, después otros tres muertos, i conocieron eran Christianos en algunos vestidos, i parecian Cadaveres de vn mes, andando los Christianos por alli, buscando vestigios, ò algunos papeles de los muertos, vino à hallar el Almirante à vn hermano del Cacique Guacanagari, con algunos Indios, los quales à sabian decir algunas palabras Españolas, i conocian, i llamaban por sus nombres à todos los Christianos, que havian quedado en aquel sitio; estos digieron que los Christianos empegaron à tener pendencias, i discordias entre sí, i à robar cada vno, Mugereres, i todo lo que podia, por lo qual sucedió, que Pedro Gutierrez, i Escobedo, mataron à vno, que se llamaba Jacobo, i después havian ido con otros, i sus Mugereres, à vn Cacique, que llamaban Caonabo, que es Señor de las Minas, el qual los hizo dar muerte, i después de muchos dias fuè à la Navidad, con mucha Gente, donde no havia mas que Diego de Arana, i diez personas, que perseveraron con él, para guardia de la Fortaleza; porque los demás estaban esparcidos por diferentes partes de la Isla; i habiendo llegado Caonabo de Noche à la Navidad, atacó las Casas con fuego, donde estaban los Christianos, con las Mugereres, de los quales ocho huieron, i tres murieron en Tierra, aunque no decian donde, i que el mismo Guacanagari, peleando por defender los Christianos con Caonabo, fuè herido, i huió: esta Relacion estaba conforme à la que traian otros Christianos, que el Almirante havia embiado à saber las novedades de la Tierra, i havian llegado al Pueblo Principal, donde estaba malo de vna herida Guacanagari, i este motivo dió de no haver podido ir à visitar al Almirante, i à darle cuenta de lo que sucedido à los Christianos, entre los quales decia, que luego que el Almirante partió à Castilla, empegaron à nacer discordias, porque cada vno queria rescatar el Oro por sí, i tomar las Mugereres, que le parecia, no contentos con lo, que el mismo Guacanagari les daba, i ofrecia dar, antes se dividieron en muchas quadrillas à varias partes, i

que habiendose jurado algunos Vizcainos, llegaron à vn Lugar donde todos fueron muertos: que esta era la verdad, de lo que havia sucedido, i lo que podian contar al Almirante, i embió à rogarle por los mismos Christianos, que fuè à visitarle, pues se hallaba en tan mal estado, que no podia salir de Casa; así lo hizo el Almirante, i el dia siguiente fuè à verle, i el Cacique, le contó con señales de gran sentimiento, lo que havia sucedido, como se ha exprelado; añadiendo, que él, i los suyos havian sido heridos por defender los Christianos, i así parecia de las heridas, pues no eran hechas con Armas de Christianos, sino con Azagaías, i Flechas con espinas de Peces por puntas, que ellos vñan: Después de haver hablado algun rato, dió el Cacique al Almirante ocho Ceñidores de cuentecillas de Piedras blancas, verdes, i coloradas, i otro Ceñidor, trabajado de Oro, i vna Corona Real, tambien de Oro, i tres calabacillas llenas de granos, i pedacillos de Oro, que todo podia pesar quatro Marcos, i el Almirante, en recompensa le dió muchas cosas, que todas valian tres reales, i fueron tan estimadas del Cacique, como si valieran mil, i aunque se hallaba gravemente enfermo, quiso ir con el Almirante à ver la Armada, donde se le hizo mucha Fiesta, i le gustaron mucho los Caballos, de quien ia le havian dado noticia los Españoles; i porque alguno de los que havian muerto, debia haver hablado mal de Nuestra Santa Fè, diciendo era vana, necesitó el Almirante de confirmarle en ella, i quiso después, que trajese al cuello vna Imagen de Nuestra Señora, que no havia querido recibir antes.

CAPITULO L. Como el Almirante dejó el Puerto, i Ciudad de la Navidad, i fue à poblar, la que llamó Isabela.

Considerando, pues, el Almirante la desgracia de los Christianos perdidos, i la infelicidad, que havia tenido en la Tierra, i el Mar de aquel País, donde por vna parte havia perdido el Navio, i por otra la Gente, i la Fortaleza, i que no lejos de allí havia otros Lugares mas convenientes.

nientes, i mejores para poblar, navegò con la Armada Sabado 7. de Diciembre, à la vanda de Levante, donde llegó por la tarde, no muy lejos de las Islas de Monte-Christo, à donde hechò las Ancoas: i el día siguiente, estando ya sobre Monte-Christo, pasó entre aquellas, siete Islas bajas, de que hemos hablado, que aunque tenían pocos Arboles, eran hermosos, pues en aquel tiempo, que era Invierno, se hallaron Flores, nidios con Huevos, i otros con Pollos, i todo quanto ai en Verano: De aqui fuè à dar fondo à vn Pueblo de Indios, donde con determinacion de hacer Casas, desembarcò, con toda la Gente, bastimentos, i Ingenios, que traia en la Armada, en vna llanura cerca de vna Balsa, en la qual podia fabricarse segura, i conmodamente, vna Fortaleza; i alli fabricò vna Villa, que llamó la *Isabela*, en memoria de la Reina Doña Isabel: Tuvieron por muy bueno este sitio, porque el Puerto era muy grande, aunque descubierta al Norueste, tenia vn bellissimo Río à vn tiro de Ballesta, de que podian sacar canales de Agua, que pasasen por medio de la Ciudad; i demás de esto se estendia vna grande, i hermosa llanura, à la qual decian los Indios, que estaban muy cercanas las Minas de Cibao.

Estas razones instaban al Almirante à poner en orden la Poblacion, i vniua su prisa à lo que havia padecido en el Mar, no solo no tuvo lugar de escribir diariamente, segun su costumbre, lo que sucedia, sino que caò enfermo, i interrumpió lo que escriuia, desde el día 11. de Diciembre, hasta 12. de Março de 1494. en cuyo tiempo despues de tener ordenadas las cosas de la Poblacion, lo mejor que podia, embió, en el Mes de Enero, à Alonso de Ojeda à buscar las Minas de Cibao, i à once de Febrero se volvieron à Castilla doce Navios de la Armada, con el Capitan Antonio de Torres, hermano del Ama del Principe Don Juan, hombre de gran honra, i juicio, de quien se confiaban mucho los Reies Catolicos, i el Almirante.

De alli à pocos días volvió Ojeda con Relacion de su Viage, diciendo, que al segundo día de su partida durmió en vn Puerto dificultoso de pasar, i que despues de legua en legua hallaba vn Cacique, i todos le havian recibido con mucha cortesia, i al sexto día havia llegado à las Minas de Ci-

bao, donde al punto los Indios havian sacado Oro de vn Riachuelo, como solian hacer, en otros muchos de la Provincia, en la qual afirmaban, que havia gran abundancia de Oro.

El Almirante, que ya estaba bueno, se alegrò mucho con estas noticias, i determinò andar por la Tierra, i ver la disposicion de la Region, para saber lo que era necesario hacer en ellas, así salió de la Isabela, el Miercoles à doce de Março, à Cibao à ver las Minas, con toda la Gente, que se hallaba sana, así de à pie, como à Caballo, dejando buena Guardia en los dos Naves, i tres Caravels, que havian quedado de la Armada, i hechò meter en la Capitana todas las Municiones, i Armas de los otros Navios, para que ninguno pudiese alçarse con ellas, como havian intentado hacer algunos, mientras él estaba enfermo: por que muchos havian ido à aquel Viage, creiendo que al instante que saltasen en Tierra, havian de cargar de Oro, i volverse (siendo así, que aunque el Oro se busca allí, i se recoge, cuesta mucha fatiga, i industria, i tiempo) pero como no les havia sucedido, como pensaban, estaban muy descontentos, i cansados; por esto, i por la Fabrica de la nueva Villa, i las desaçones, i enfermedades, que les ocasionaban el aire, la calidad del nuevo Pais, i la mudança del alimento, intentaron secretamente rebelarse, i dejando la obediencia del Almirante, tomar por fuerza aquellos Navios, i volverse con ellos à Castilla: Era cabeza de los reboltosos *Bernardo de Písa*, Capitan de Justicia de la Corte, que havia ido el Viage por Contador del Rei, por cuyo respeto, quando el Almirante lo supo, no quiso darle mas castigo, que ponerle en prision, en vn Navio, con proposito de embiarle à Castilla con el Proceso de su Crimen, que no solo contenia el de la Sublecion, sino el de haver escrito falsamente algunas cosas contra el Almirante, que havia hallado escondidas en cierto lugar del Navio.

Ordenadas todas estas cosas, i dejando personas en Tierra, i Mar, que con su hermano D. Diego Colón, atendiesen al gobierno, i guarda de la Armada, tomó su camino à Cibao, llevando consigo todas las herramientas, i demás cosas necesarias, para fabricar vna Fortaleza, i conservar pacifica aquella Provincia, i para que estuvie-

sen

sen seguros de qualquier insulto, è injuria que los Indios intentasen, los Christianos que se quedasen para recoger el Oro; i por meterlos mas miedo, i quitarlos la esperanga de poder, estando presente el Almirante, hacer lo que havian hecho contra Arana, i los 38 Christianos, que havian quedado con él, llevó consigo entonces toda la Gente, que podia, para que en sus mismos Pueblos conociesen el poder de los Christianos; i comprehendiesen, que quando por aquella Tierra hiciesen algun daño à los Christianos, que caminaban solos, tenían los demás poder para castigarlos; i para maior obstinacion, i muestra, llevaba por todos los Lugares armada, i puesta en orden la Gente, como quando se va à la Guerra con Caxas, i Trompetas, i las Vaderas desplegadas: Caminando de este modo pasó aquel Río, que estaba à tiro de Escopeta de la Isabela, i vna legua mas adelante pasó otro, mas pequeño, i fue à dormir aquella Noche tres leguas distante de la Isabela, en vn Lugar muy llano, con campos hermosísimos, que llegaban hasta el pie de vn Puerto, ò Montaña aspera, que tendria de alto dos tiros de Ballesta, à que puso por nombre el *Puerto de los Hidalgos*, porque fueron delante del Ejército algunos à disponer se hiciese camino: i este fue el primer Puerto, que se hizo en las Indias, porque los Indios hacen los caminos tan angostos, que solo puede pasar vn hombre por ellos.

Atravesado este Puerto, bajò à vna gran llanura, por la qual caminò el día siguiente cinco leguas, i fuè admirar cerca de vn gran Río, que la Gente pasó en Balsas, i Canoas, llamó à este Río, que iba à desembocar à Monte-Christo, *Río de las Cañas*, pasó en este Viage por muchos Pueblos, cuyas Casas eran redondas, cubiertas de Paja, con vna puerrecilla, que era menester bajarle mucho para entrar en ellas; luego que entraban en aquellas Casas algunos de los Indios, que el Almirante llevaba consigo, tomaban lo que querian de lo que havia en ellas, de que no se disgustaban los dueños, como si fuesen cosas comunes, i del mismo modo los Indios de aquella Tierra, llegando los Christianos, los quitaban lo que les parecia, creiendo tambien havia esta costumbre entre ellos; pero no durò mucho este engaño, porque

presto hallaron lo contrario, è pasaron en este camino Montes llenos de Selvas muy hermosas, que tenían Parras Silvestres, Arboles de Aloes, i de Canela Selvatica, i otros que llevaban la Fruta como higos, i el pie era muy gordo, i tenían las hojas como Mançano, de los quales se dice, que se hace la Elicamonea.

CAPITULO LI. Como el Almirante fuè à la Provincia de Cibao, donde hallò las Minas de Oro, i fabricò la Fortaleza de Santo Thomàs.

Partió el Almirante del Río de las Cañas, el Viernes atardece de Março, i à legua i media, hallò el Río, que llamó del Oro, porque al pasarle, cogieron algunos granos de este Metal, pasòle con alguna dificultad, i llegó à vn Pueblo grande, de cuya Gente huò alguna parte à los Montes, i la otra se hiço fuerte en sus Casas, atravesando en las puertas Cañas, como si fuese vna gran defensa, para que no entrase alguno: pues segun la costumbre que tenían, ningun Indio se atrevia à entrar por la puerta, donde havia semejantes barras: de aqui pasó el Almirante à otro bellissimo Río, que llamó *Río Verde*, cuyas Riberas estaban cubiertas de guijarros redondos, muy limpios, i alli pasó la noche: Al día siguiente continuando su camino, pasó por otros grandes Pueblos, en los quales estaban atravesados à las puertas palos, como los otros, que hemos dicho, i porque la Gente, i el Almirante iban cansados, pararon aquella Noche al pie de vna Montaña, que llamó *Puerto de Cibao*, porque en pasandole, empieza la Provincia de Cibao, i desde esta, à la primera Montaña, que havian pasado, ai once leguas, caminando al Medio Día.

Al otro día caminò por vna senda, en que con dificultad necesitaron de pasar los Caballos de dietro, i desde aqui embió algunos Mulos à la Isabela à traer Pan, i Vino, porque empezaban à faltar los bastimentos, i se alargaba el Viage, i tanto mas padecian, porque no estaban acostumbrados à comer los alimentos de los Indios, como aora los que viven entre ellos, i andan por aquellas partes ex-

N

peri-

perimentan ser las Vituallas de la Tierra de mejor digestion, i mas conformes al Aire de aquel Pais, que las que se llevan de Castilla, aunque no tengan tanta subitancia; bueltos ia los que havian ido por la vitualla, el Almirante, pasada la Montaña, el Domingo diez i seis de Março, entrò en la Tierra de Cibao, que es aspera, i peñascosa, llena de guijas, cubierta de mucha ierva, i bañada de Arroios, en los cuales se halla Oro: Quanto mas adelante andaban por esta Region, la iban hallando mas aspera, i mas cargada de Montañas altas, en cuyos Arroios se vian los granos de Oro, por que como decia el Almirante, las grandes lluvias traian de lo mas alto de los Montes los granillos menudos, à los Arroios.

Esta Provincia, es tan grande, como Portugal, i por toda ella ai muchas Minas, i bastante Oro en los Rios; pero generalmente, tiene pocos Arboles, i los que ai, estan à las Riberas de los Rios, i por la maior parte son Pinos, i Palmas de varias especies: Pues como Ojeda havia andado ia por aquella Tierra, como se ha dicho, i los Indios tenian ia noticia de los Christianos, salian los Indios à los caminos, i calles à recibir al Almirante, con presentes de comida, i alguna cantidad de Oro, en granillos, que havian recogido, despues que supieron que venia por esta razon. Viendo el Almirante que estaba 17 leguas distante de la Isabela, i que la Tierra que dejaba à las espaldas, era mui aspera, mandò, que se fabricase vn *Castillo*, en vn sitio mui alegre, i fuerte, que llamó de *Santo Thomàs*, el qual señorea la Tierra de las Minas, i fueise como asilo para los Christianos, que anduviesen en las Minas: Puso en el nuevo *Castillo* por Governador à *Pedro Margarit*, hombre de mucha autoridad, con cinquenta i seis hombres, entre los cuales havia Maestros de todo lo que se necesitaba para la fabrica de la Fortalega, que era de Tierra, i Madera, lo qual bastaba à resistir qualquier cantidad de Indios, que fuesen contra él: Abriendo la Tierra para hechar los cimientos, i cortando vna Peña para hacer los fosos, penetrada la piedra dos braças, hallaron nidos de heno, i paja, i en vez de huevos, tres, ó quatro piedrecillas redondas del tamaño de vna naranja, que parecia estaban hechas con arte, para Valas de

Artilleria, lo qual causò à todos gran admiracion, i en el Rio que corre à la falda del Monte, donde està el *Castillo*, hallaron Piedras de diversas colores, i algunos pedaços gruesos de Marmol finissimo, i otros despues de puerto *Diaspio*.

CAPITULO LII. Como el Almirante se volvió à la Isabela, i baxò ser mui fertil aquel Terrero.

Dada la orden para la Fabrica, i fortificacion del *Castillo*, el Viernes à veinte i vno de Março, partiò el Almirante à la Isabela, i junto al Rio Verde hallò muchos, que venian con vituallas à la Fortalega, despues procurando hallar Vado, por donde esguazar el Rio, se estubo algunos dias, por aquellos Pueblos de Indios, comiendo de su Pan, i de sus Ajos, los cuales daban voluntariamente, por poco: i el Sabado à veinte i nueve de Março, llegó à la Isabela, donde ia havia Melones, que tenian mui buen gusto, no haviendo dos Meses, que se havian sembrado, i Cohombros à los veinte dias, i vna Parra Silvestre, cultivada havia llevado Vbas, que eran mui buenas, i redondas, i el dia siguiente, treinta de Março, cogió vn Vecino Espigas de Trigo, que havia sembrado a fin de Enero: Havia tambien Garvanços, mas gordos, que los que havian sembrado, i finalmente todas las semillas de las Plantas, nacia al tercero dia de sembradas, i al veinte i cinco se podian comer; los Arboles de hueso, salieron à los siete dias, i los Sarmientos hecharon en otros tantos, Pampanos, i veinte i cinco dias despues, cogieron del agraz, i tambien en siete dias nacieron las Cañas de Açucar; lo que i procedia del temperamento de la Tierra, que era conforme al de *Castilla*, mas frio, que caliente, i las Aguas del Pais son delgadas, sanas, i frias.

Quedò el Almirante mui satisfecho de la calidad del Aire, de la fertilidad, i de la Gente de la Region; à cuyo tiempo el Martes primero de Abril, le llegó vn proprio de *Santo Tomàs*, embiado por *Margarit*, con la nueva de que los Indios de la Tierra se huian, i que vn Cacique llamado *Cannabo* se prevenia para quemarle la Fortalega; por

ro el Almirante, conoia la vileza de los Indios, higo poco caso del rumor, que le avifaban, confiando especialmente en los Caballos, de los cuales tenian los Indios ser comidos, i eran tan grande el miedo que los tenian, que no se arrevian à entrar en la Casa donde havia Caballo; pero con todo resolvió el Almirante por buenos respetos, embiarle mas Gente, i bastimentos, considerando que queriendo ir él à descubrir la Tierra-Firme, era bien dejar alli quietas, i seguras todas las cosas, i así el Miercoles, à dos de Abril, embió setenta hombres con bastimentos, i municiones al referido *Castillo*, los veinte i cinco, de escolta, i los otros, para que ayudasen à hacer otro camino, porque era mui dificultoso pasar por el primero los vados de los Rios.

Despachados estos en tanto que los Navios se aderegaban para el nuevo descubrimiento, atendia à disponer las cosas necesarias à la Poblacion que hacia, dividiendola en Calles, con vna Plaza mui conveniente, i procurando traer el Rio por vn ancho Canal, paralo quasi higo hacer vn estanco para que el Agua sirviese à los Molinos, porque estando el Pueblo distante del Rio, tanto como vn Tiro de Artilleria, dificultosamente podria la Gente proveerse de Agua, de parte tan lejana, especialmente hallandose casi toda mui debíl, i trabajada, por la futelega del Aire, que no podian sufrir, por lo qual caian enfermos, sin tener mas alimentos de *Castilla*, que *Vizecocho*, i Vino, por el mal gobierno que havian tenido los Capitanes de los Navios, i tambien porque en aquella Tierra no se conservan las cosas, como en la nuestra; i aunque tenian bastimentos de la Tierra en abundancia, como no estaban acostumbrados à ellos, conoian que les hacian mucho daño, i por este motivo estaba en animo el Almirante de dejar en la Isla 300 hombres, i embiar à los demás à *Castilla*, porque conoia que considerada la calidad de la Isla, i de las Indias, era numero de Gente bastante, para tener pacífica, i segura à la obediencia de los Reies Catholicos aquella Region, i porque faltaba ia el *Vizecocho*, i la Harina para hacerle, determinò hacer algunos Molinos para moler el Trigo, que llevaba, aunque en mas de legua i media, de la Villa, no havia caida de Agua competente para ello, en lo qual, i

en todo lo demás que se ofrecia para solicitar la Maestrança, era necesario que estuviere él, sobre la Gente, porque todos huian del trabajo.

Tambien resolvió embiar à la Campaña toda la Gente sana, excepto los Maestros, i Oficiales, para que andando por la Tierra, fuesen estimados de los Indios, i poco à poco haciendose los bastimentos, considerando que cada dia havia mas falta de los mantenimientos de *Castilla*: embió al Capitan Ojeda à *Santo Thomas*, para suceder à *Margarit* en el Gobierno de la Fortalega, como quien havia trabajado tanto el Invierno pasado en descubrir la Provincia de *Cibao*, que en lengua de los Indios quiere decir *Peñascosa*, i dièse Gente al referido *Margarit*, para que anduviese con ella, por la Isla; partiò Ojeda de la Isabela à 29. de Abril con toda la Gente referida, que eran mas de 300 hombres, i despues de haver pasado el Rio del Oro, prendió al Cacique, que havia alli, à su Hermano, i à vn Sobrino, i los embió al Almirante, en Cadenas, i mandò cortar las Orejas à vn Indio en la Plaza de su Pueblo, porque haviendo dado este Cacique cinco Indios, para que pasasen por el Vado, la ropa de los Soldados, de la otra parte del Rio, se volvieron con ella al Pueblo, desde en medio de él, i el Cacique en lugar de castigarlos, tomò para si la ropa, i no quiso restituirla; pero el otro Cacique, que vivia de la otra parte del Rio, confiado en los servicios, que havia hecho à los Christianos, determinò ir con los presos à la Isabela, para interceder con el Almirante por ellos, i fue bien recibido, aunque el Almirante mandò, que los Indios presos, fuesen sacados con las manos aradas, à la Plaza; i publicar sentencia de muerte contra ellos, lo qual visto por el otro Cacique, pidió al Almirante, con muchas lagrimas, sus vidas, ofreciendo por señales, que nunca cometerian otro delito, con lo qual el Almirante los diò por libres à todos. A este tiempo llegó vno de à Caballo, à la Isabela, con la nueva de que en el Pueblo del Cacique, que havian traído preso, los Indios tenian presos cinco Christianos, que se volvian à la Isabela, à los cuales havia él liberrado, espantandolos con el Caballo, haciendo huir à mas de 400 Indios, i herido, en el alcance, à dos, i

que

que habiendo pasado el Rio, vió, que los Indios volvían sobre los cinco Christianos, por lo qual dió maestras de volver contra ellos, i hacerlos frente, i los Indios, por miedo del Caballo, huieron, temiendo que pasase el Rio volando.

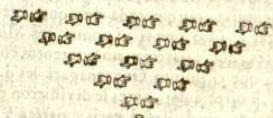
CAPITULO LIII. Como dejando el Almirante bien dispuestas las cosas de la Isla, fué à descubrir la de Cuba, creiendo era Tierra-Firme.

Resuelto el Almirante à ir à descubrir la Tierra-Firme, formó vn Consejo, que quedase en su lugar para el gobierno de la Isla, que se componia de D. Diego Colón, su hermano, con el título de Presidente, de el P. Fr. Buil, i Pedro Fernandez Coronel, Regentes, Alonso Sanchez Caravajal, Rector de Baega, i Juan de Luxan, Cavallero de Madrid, Gentil-Hombre de los Reies Catolicos, i para que no faltase harina en el focorro de la Gente, procuró con gran sollicitud la Fabrica de los Molinos, aunque las continuas lluvias, i las crecientes de los Rios eran muy contrarias à este intento.

De estas lluvias, dijo el Almirante procedia la humedad, i consiguientemente la fertilidad de aquella Isla, que era tan grande, i maravillosa, que por Noviembre comian Fruta de los Arboles, que volvían à hechar; de que inferia, dar fruto dos veces al año, i las Yervas, i Semillas dan fruto, i florecen continuamente: Tambien en todo tiempo ai en los Arboles, nidos de Pajaros, con lucyos, i con Pollos, i siendo tan grande la fertilidad de todas las cosas, havia nuevas todos los dias de las grandes riqueças de la Tierra, porque continuamente llegaban à la Ciudad los que el Almirante havia embiado à diferentes partes, i avisaban de las Minas, que se iban descubriendo: esto fuera de la Relacion, que daban los Indios de la gran cantidad de Oro, que se descubria, en varias partes de la Isla.

No contento el Almirante con todo lo referido, determinó volver à descubrir por la Costa de Cuba, sin saber si era Isla, ó Tierra-Firme, i llevando consigo tres Navios, se hizo à la Vela à 24. de Abril, i fué à dar fondo aquel dia, à

Monte-Christo, al Poniente de la Isabela; i el Viernes, fué al Puerto de Guacanagari, creiendo hallarle allí; mas el quando vió los Navios huió de miedo, aunque sus Indios procuraban disimularlo, diciendo, que al instante venia; pero no queriendose detener el Almirante, sin gran motivo, partió el Sabado 25. de Abril, i fué à la Isla de la Tortuga, que está al Occidente, mas de seis leguas; cerca de ella estuvo aquella noche con las Velas tendidas, en gran calma, i con Mareta, que volvia de las corrientes; despues al dia siguiente se vió precisado de el Norueste, i de las corrientes de Occidente, de volver à Leste, i surgir en el Rio Guadalquivir, que es en la misma Isla, à esperar Viento con que vencer las corrientes, las quales entonces, i el año antecedente, havia hallado bastantemente recias acia Oriente, en aquellas partes; de aqui llegó el Martes à 29. con buen tiempo al Puerto de San Nicolás, i desde este lugar atravesó à la Isla de Cuba, la qual empezó à costear, por la parte del Medio Dia, i habiendo navegado vna legua mas allá de Cabo-Fuerte, entró en el que llamó Puerto Grande, cuya entrada era profundissima, i tenia de boca 150 pasos; aquí hechó Anclas, i tomó refresco de Peces asados, i Hutias, de que los Indios tenían grande abundancia; el dia siguiente, primero de Maio, salió de allí, navegando à lo largo de la Costa, en la qual halló Puertos muy cómodos, de bellissimos Rios, i Montañas altissimas, i desde que dejó la Isla de la Tortuga, havia hallado mucha yerba de la que vió en el golfo, iendo, i viniendo à España, i quando andaba costeando, muchos Indios de ella iban à los Navios en Canoas, creiendo, que los nuestros eran hombres bajados del Cielo, trayendo de aquel Pan, Agua, i Pescados, dandolo todo con mucha alegría, sin pedir nada por ello, mas el Almirante por embiarlos contentos, mandó se les pagase todo, volviendoles Cuentas de Vidro, Cascabeles, Campanillas, i otras cosas semejantes.



CAPITULO LIV. Como el Almirante descubrió la Isla de Jamaica.

EL Sabado, tres de Maio, resolvió el Almirante atravesar desde Cuba, à Jamaica, por no dejarla atrás, para saber si era cierta la fama de tener mucho Oro, que corria en las demás Islas: i con buen tiempo, estando cerca de la mitad del camino, la descubrió al Domingo siguiente, dió fondo en ella el Lunes, i le pareció la mas hermosa de quantas havia visto en las Indias: era tanta la multitud de Canoas grandes, i pequeñas, i de los Indios, que llegaban à los Navios, que maravillaba à todos; el dia siguiente, queriendo reconocer los Puertos, corrió la Costa abajo, i habiendo ido las Barcas à sondar las entradas de ellos, fallieron tantas Canoas, i Gente armada à defender la Tierra, que las precisaron à volverse à los Navios, no porque los temiesen, sino por no romper la amistad con ellos; pero considerando despues, que si se mostraba temor à los Indios, se harian mas orgullosos, i sobervios, volvíeron à otro Puerto de la Isla, que llamó el Almirante Puerto Bueno, i fallieron los Indios à hecharlos de allí, mas los de las Barcas los trataron de modo, con sus Ballestas, que habiendo herido seis, ó siete, se vieron forçados à retirarse.

Pasada la Batalla, llegaron infinitas Canoas de los Lugares cercanos à ver, i trocar varias cosas, i vituallas, que traían, las quales daban por qualquier cosa en cambio: En este Puerto, que parecia vna herradura de Cavallo, se compuso el Navio, en que iba el Almirante; por qué hacia Agua; i el Viernes, nueve de Maio, siguió la Costa abajo de Poniente, tan cerca de Tierra, que los Indios le seguían con las Canoas, con deseo de contratar, i tener alguna de nuestras cosas; pero porque los tiempos eran algo contrarios, no podia el Almirante navegar lo que queria, i el Martes catorce de Maio, resolvió volverse à Cuba, para seguir la Costa abajo de ella, con intencion de no volverse hasta haver navegado quinientas, ó seiscientas leguas, i ser certificado, de si era Isla, ó Tierra-Firme: El mismo dia que partió de Jamaica, se fue vn Indio à los Navios, diciendo, queria venir à Castilla, i tras

él muchos Patientes fueros, i otras peras sonas, rogandole, con grande instancia, que se volviese à la Isla, pero por mas que hicieron, nunca pudieron apartarle de su proposito; i por no ver las lagrimas, i gemidos de sus hermanas, se puso en parte donde ninguno podia verle, i el Almirante maravillado de su constancia, mandó se le tratase muy bien.

CAPITULO LV. Como el Almirante volvió de Jamaica à seguir la Costa de Cuba, creiendo todavia, que fuese Tierra-Firme.

Despues que partió el Almirante de Jamaica, el dia catorce de Maio, llegó à vn Cabo de Cuba, que llamó Cabo de la Cruz, i siguiendo la Costa abajo, sobrevino vna gran Tempesta de Truenos, i Relampagos espantosos, por la qual, i los muchos bancos de Arena, i canales, que encontraba, tuvo mucho peligro, i padeció gran trabajo viendose precisado à vn tiempo, à defenderse de estos dos accidentes malignos, que causaban cosas contrarias; porque el remedio contra los Truenos, es amainar las Velas, i para huir de los bancos, necesitaba de mantenerlas, i es constante, que si huviera durado ocho, ó diez dias esta desgracia, no se huviera podido tolerar. Lo peor era, que en todo aquel Mar, así al Norte, como à Nordeste, quanto mas navegaban, hallaban mas Islas bajas, i llanas, de vna legua poco mas, ó menos: i aunque en algunas se vían Arboles, Otras eran arenosas, i tan bajas, que aun no se vían en la superficie del Agua; es verdad, que quanto mas se acercaban à Cuba, tanto mas altas, i hermosas eran estas Islas, por ser tantas, era difícil, i vano ponerles nombre particular: i así el Almirante las llamó en General, el *Jardin de la Reina*, aunque si aquel dia vió muchas Islas, mas vió al dia siguiente, i las mas, maiores, que las de los otros dias, no solo acia el Noroeste, sino al Noroeste, i al Sudoeste de manera, que aquel dia se contaron ciento i setenta Islas, à las quales dividían canales muy hondos, por los quales pasaban los Navios. En algunas de ellas vieron muchas Grullas, del tamaño, i figura de

las de Castilla; pero encarnadas, como Escarlata; en Otras hallaron gran abundancia de Tortugas, i muchos huevos de ellas, que parecian de Gallina: Ponenlos las Tortugas, en vn hoio que hacen en la Arena, i los cubren hasta, que con el calor del Sol salen los hijuelos, que con el tiempo se hacen, como Rodelas, i algunas, como grandes Adargas; asimismo se vian en estas Islas, Cuervos, i Grullas, como las de España, Cuervos Marinos, e infinitos Pajarillos, que cantaban suavissimamente, i el ambiente era tan agradable, i oloroso, que parecia estar entre Rosas, i entre los mas finos olores del Mundo: aunque el peligro de la navegacion, era tan grande, como se ha dicho, por los muchos Canales, en que se tardaba mucho tiempo buscando salida. Un día vieron en vna de estas Canales, vna Canoa de Pescadores Indios, los quales, con mucha seguridad, i quietud, sin hacer movimiento alguno, esperaron la Barca, que iba acia ellos, i estando vecina, hicieron señal, de que se aguardase vn poco, hasta que acabasen de pescar; pareciolos à los nuestros tan extraño, i nuevo el modo de su Pesca, que pararon, dandoles este gusto, i era de este modo: Tenian atados à la cola algunos Pececillos, que llamamos Reberfos, i estos los echaban al Mar, he iban hasta pegarlos los Pecec grandes, i en sintiendo los Indios, que havia pegado cierta asperega, que tienen en la cabeza, i que llega hasta en medio del Espinago, tiraban del hilo, i sacaban à vno, i otro, lo qual vieron en vna Tortuga que pescaban, que llevaba el Pez pegado al pescueço, que es donde suelen regularmente embestir, para que no los puedan morder, i de este modo he visto Yo pegarse à grandes Tiburones: Despues que los Indios de la Canoa recogieron la Tortuga, acabando su pesca con otros dos Pecec, que havian tomado antes, se llegaron à la Barca prontamente, para saber lo que querian los nuestros, i haviendolos mandado los Christianos, que fuesen con ellos à los Navios, lo executaron, i el Almirante los recibió con mucho agrasajo, i supo de ellos, que por aquel Mar havia infinitas Islas, i luego le dieron quanto tenian; pero el Almirante no quiso, que se tomase de ellos, si no es el Pescado, porque lo demás eran sus Redes, Anuelos, i Calabazas, que llevaban llenas de Agua para

beber, i dandoles algunas cosillas, los dejó ir muy contentos, i profugió su Viage, con determinacion, de que no durate mucho; porque le empezaban à faltar los baltimentos, que si huviera tenido abundancia de ellos, no se huviera buelto à España, sino por el Oriente, aunque se hallaba muy trabajoso, así porque comia mal, como porque desde que salió de España, hasta diez i nueve de Maio, no havia dormido en cama, en cuyo tiempo escribia esto, excepto ocho noches, que por estar enfermo se acostó, i si otras veces tuvo las fatigas, que van referidas, en estas se le doblaron, por la innumerable cantidad de Islas, entre las quales navegaba, que era tanta, que à veinte dias de Maio, descubrió setenta i vna, fuera de otras muchas, que se dividían al ponerse el Sol acia el Oves-Sudoeste.

No solo dà miedo la gran multitud de Islas, que se ven à todas partes, pero causa maior espanto, ver todas las tardes, que nace de ellas, vna niebla acia el Leste, que parece quiere caer vna gran lluvia, mucho granizo, tanto son los Truenos, i los Relampagos; pero al salir la Luna, se desvanece todo, resolviendose alguna parte en lluvia, i viento, lo qual es tan ordinario, i natural en aquel País, que no solo sucedia en las tardes, que navegabapor el el Almirante; pero Yo tambien vi lo mismo en aquellas Islas el año de 1503. viniendo al descubrimiento de Veragua. Aquí sopla el Viento regularmente de noche, de la parte del Norte, porque sale de la Isla de Cuba, i despues de salir el Sol se buelve al Leste, i va con el Sol, hasta que dà buelta al Occidente.

CAPITULO LVI. Del gran trabajo, i fatiga, que tuvo el Almirante, navegando entre infinitas Islas.

Jueves à 22. de Maio, navegando el Almirante acia Occidente, entre innumerables Islas, llegó à vna algo maior, à que puso por nombre *Santa Marta*, i tomando Tierra, para ir à vn Pueblo, que havia en ella, no quiso esperar ningun Indio, ni venir à hablar con los Christianos; en las Casas no se encontró cosa alguna, sino Pescado, que es el mantenimiento solo de aqu.

aquellas Gentes, i muchos Perros, como Mastines, los quales tambien se mantienen de Pescado, por lo qual sin hablar con ninguno, ni ver cosa notable, se volvió al Navio, i pasó la via del Nordeste, entre otras infinitas Islas, en las quales havia Grullas coloradas, como Escarlata, Papagaios, i otras Aves, Perros, semejantes à los referidos, i mucha ierva, de la que encontró quando descubrió las Indias: Esta Navegacion, por entre tantos bancos, i Islas, causaba gran trabajo al Almirante, porque algunas veces se via precisado à volver à Oriente, otras al Norte, otras al Medio Día, segun la disposicion de las Canales, porque sin embargo de toda la diligencia, i aviso, que empleaba, en hacer sondar el fondo, i que se pudiesen hombres en la Gavia, para descubrir el Mar, tocaba en Tierra la Nave muchas veces, porque por todas partes havia innumerables bancos de Arena, i navegando siempre de este modo, volvió à tomar Tierra, en la Isla de Cuba, para hacer Agua, de que tenian gran falta, i no hallando Pueblo alguno, por la esperanza, en que tomaron Tierra, se adelantó vn Marinero con vna Ballesta para matar algun Animal, ò Ave; i halló treinta Indios en vn Bosque, con las Armas que usan, que son Lanzas, i Maderos, que traen en lugar de Espada, i llaman ellos *Macanas*; contó este Marinero, que entre ellos, havia visto vno, con vna vestidura blanca, que le llegaba hasta las rodillas, i dos que le traian, hasta los pies, todos tres blancos, como nosotros; pero que no habló con ellos, porque dudoso al ver tanta Gente, empezó à gritar, llamando à los compañeros, i los Indios hecharon à huir, i no volvieron mas: i aunque al dia siguiente, por saber la verdad, embió el Almirante à Tierra alguna Gente, no pudo caminar mas de media legua, por la mucha maleza de Iervas, i Arboles, i por ser toda aquella Costa pantanosa, que por dos leguas, no se vian sino Collados: i Montañas, de modo, que solo vieron pisadas de Pescadores en la Plaia, i muchas Grullas, como las de España, aunque de mas cuerpo.

Despues, iendo con los Navios hacia Occidente, vieron Casas en la Marina, de las quales salieron algunas Canoas con Agua, i otras cosas, de que se mantienen aquellos Paisanos, i lo llevaron à los Christianos, i haviendose pagado muy bien, hizo el Almirante

detener à vno de los Indios, diciendole, i à los otros, que en enseñandole el camino, i informandose de él de algunas cosas de aquella Tierra, le volveria à embiar libre à su casa, i el Indio quedó muy contento, i dijo al Almirante, de cierto, que Cuba era Isla, i que el Rei, ò Cacique de la parte Occidental, no hablaba sino por señas con sus Vasallos, de los quales era muy obedecido, en quanto les mandaba, i que roda aquella Costa, era muy baja, i llena de muchas Islas, lo qual se halló verdad despues; pues el día siguiente, à once de Junio, para ir con los Navios de vn Canal à otro mas profundo, convino à el Almirante, hacerlos remolear con las Gumenas, por vn banco de Arena, que no tenia vna braga de fondo, i su anchura, era como la de dos Navios; de este modo inclinándose à Cuba, vieron Tortugas tan grandes, como dos, ò tres braças, en tan gran numero, que cubrian el Mar; despues al salir el Sol, vieron vna Nube de Cuervos Marinos, cuya multitud era tanta, que obscurecia la claridad del Sol, i venian de alta Mar, acia la Isla, donde calaron à Tierra; i fueron vistas muchas Palomas, i otras Aves de diferentes generos, i al dia siguiente vinieron à los Navios tantas Mariposas, que cubrian el Aire, i duraron hasta la tarde, que vna gran lluvia las deshiço.

CAPITULO LVII. Como el Almirante dió buelta à la Española.

Viendo el Almirante, que la Costa de Cuba se estendia mucho al Occidente, i que su Navegacion era muy dificultosa, por la innumerable multitud de Islas, i bancos, que havia en todas partes, i que à empezaban à faltar las viruallas, lo qual impedía proseguir su Viage, segun el proposito que tenia, determinó volverse à la Villa, de la Española, que él havia dejado empezada, el Viernes à 13. de Junio, i para tomar Agua, i Leña, llegó à la Isla *Evangelista*, que tendrá 30 leguas de circuito, i està distante trecentas, de la Dominica, i bastecido de todo lo que necesitaba, endereçó su Viage à buelta de Medio Día, esperando hallar mejor salida por aquel camino: i navegando por el Canal, que

mas limpio, i menos impedido le pareció, á pocas leguas le halló cerrado, de que no tuvo la Gente poco sentimiento, i temor, viendose sitiada, casi de todas partes, i sin bastimentos, ni otro alivio; pero conociendo el Almirante, (que era prudente, i animoso) la fragilidad de ellos, con semblante alegre dijo, que daba muchas Gracias á Dios, que le precisaba á volver por donde havia venido, pues si huvieran continuado el Viaje, hasta donde tenia intencion de ir, pudiera ser que huvieran caído, en parte, donde sería muy dificultoso el remedio, i en tiempo que no tuvieran Navios, ni vituallas para volverse, como ora lo pudieran hacer facilmente: De este modo volvió á la Isla del Evangelista, con gran consuelo, i satisfacción de todos, i el Miércoles 27. de Junio, partió de ella, ácia el Noroeste, navegando ácia vnas Islas, que estaban á cinco leguas de distancia, i pasando vn poco adelante, entró en vn Mar, que tenia el Agua tan verde, i blanca, que parecia banco de Arena, i tendria dos braços de fondo, caminó por él siete leguas, i halló el Mar blanco, como vna leche, lo qual causaba gran maravilla, i mas siendo el Agua, como era, muy espesa; este Mar desvanecía la vista de los que le miraban, i parecia tambien banco de Arena todo, i vn mas fondo para los Navios, que tres braças de Agua, mas despues de haver navegado por aquel Mar quatro leguas, llegó á otro tan negro, como tinta, de cinco braças de hondo, i navegó por él hasta que llegó á Cuba, desde donde siguiendo ácia Levante, con Vientos muy escasos, i por entre Canales, i bancos de Arena, i estando escribiendo la memoria de aquel Viaje, dió en Tierra su Navio, tan fuertemente, que no pudiendo sacarle con las Anclas; i otros ingenios, fue Dios servido, que le hechasen al Mar por la Proa, aunque con bastante daño, por los golpes que havia dado en la Arena; pero al fin salió, i navegó, segun el Viento, i los bancos de Arena, le permitian, siempre por vn Mar muy blanco, i en dos braças de fondo, que ni crecia, ni menguaba, sino quando se acercaba mucho á alguno de aquellos bancos, donde se necesitaba de fondo: fuera de este impedimento, todos los dias, al ponerse el Sol, le molestaban varias lluvias, que se engendran en aquellas Montañas de

las Lagunas, que están junto á al Mar, que le causaban gran descomodidad, i hastio, hasta que volvió á acercarse á la Isla de Cuba, ácia Oriente, adonde havia estado en su primer Viaje: allí percibió vn olor, como de flores, muy suave, segun havia experimentado antes.

A siete de Julio bajo á Tierra para oír Misa, á la qual asistió, con mucha atencion, vn Cacique Viejo, Señor de aquella Tierra, que havia venido á verle, i despues de acabada, significó por señas, i como mejor pudo, que era muy bien hecho dar gracias á Dios, pues el Alma, si era buena, iba al Cielo, i el Cuerpo quedaba en la Tierra, i que las Almas de los malos iban al Infierno, i entre otras cosas dijo, que havia estado en la Española, i en Jamaica, donde conocia la Gente mas Principal, i que havia andado mucho ácia el Occidente de Cuba, i que el Cacique de aquella Tierra se vestia, como Sacerdote.

*CAPITULO LVIII. De la gran
de hambre, i trabajos, que padeció
el Almirante con su Gente,
i como volvió á Ja-
maica.*

Partido de este sitio el Almirante Miércoles á 16. de Julio, con Vientos, i lluvias terribles, llegó cerca del Cabo de la Cruz, en Cuba, donde fué embestido de repente de vna lluvia tan grande, è importuna, i de tantos aguaceros, que le metieron el bordo debajo del Agua; pero quiso Dios Nuestro Señor, que pudiesen amainar las Velas prontamente, i dar fondo con todas las mejores Ancoras, aunque el Agua que entraba en el Navio, por lo llano, era tanta, que la Gente no podia sacarla con las Bombas, especialmente hallandose todos muy affigidos, i desfamejados, con la falta de bastimentos; porque no comian otra cosa, que vna libra de Viscocho podrido, cada vno, al dia, i vn vaso de Vino, con lo qual se mantenian, sino es, que acaso, pescasen algun Pez, que no podian guardar de vn dia para otro, por ser muy delicados, i ligeros los bastimentos en aquellas partes, i el tiempo mas caliente, que en nuestros Países: i porque esta penuria de comida, era comun á todos, dice el Almirante, en

su Itinerario: *Y Yo tambien estoi sugeto á la misma porcion: quiera Nuestro Señor, que sea esto para su Santo servicio, i el de Vuestras Altezas: pues por lo que á mi toca, no me expondrá á tantos trabajos, i peligros, porque no pasa dia alguno, en que no vea, que llegamos todos al fin de nuestra vida: Con esta necesidad, i peligro, llegó al Cabo de la Cruz, á 18. de Julio, donde fué recibido de los Indios amigablemente; trajeron mucho Cacahú, que es el nombre que dan á su Pan, hecho de raíces raspadas, mucho Pescado, i grande cantidad de los Frutos, que ellos comen, pero no pudiendo lograr prospero Viento, para ir á la Española, el día 22. de Julio, atravesó desde aqui, á Jamaica, i navegando por la Costa abajo, la buelta del Occidente, cercano á Tierra, de bellissima vista, i de grande fertilidad, vió de legua en legua, Paercos excelentes, i toda la Costa llena de Pueblos, cuyos Indios seguian á los Navios, en sus Canoas, llevando las vituallas que usaban, que eran mas estimadas de los Christianos, que las que havian gustado en las demas Islas: el Cielo, i la disposicion de aire, i el tiempo, eran en estos Lugares el mismo, que en los demas; por que en esta parte Occidental de Jamaica, todas las tardes havia lluvia, que duraba vna hora, poco mas, ó menos, lo qual atribuia el Almirante á las grandes Selvas, i Arboles de este País; i se via por experiencia, que al principio sucedió lo mismo, en las Islas de Canaria, la Madera, i los Agores, donde ora, que han allanado muchas Selvas, i cortado muchos Arboles, que las asombraban, no ai tantos aguaceros, como havia antes.*

De este modo iba navegando el Almirante, aunque siempre con viento contrario, que le precisaba á repararse todas las tardes, en tierra, tan verde, i amena, tan fructifera, i llena de Vituallas, i juntamene tan poblada, que se persuadió, á que no havia otra mas aventajada, especialmente cerca de vn Canal, que llamó de las *Patras*, porque ai ocho Islas cerca de Tierra, la qual, dice, están tan alta, como otra qualquiera de las que havia visto, i creia, que delante de el Aire, donde se engendran las impresiones, ni no menos es muy poblada toda, de grassie fertilidad, i belleza. Juzgaba que esta Isla tendria 80 Leguas de circuito, aunque descubierta, no la tuvo por mas que de 20 Leguas de lar-

go, i vna de ancho; enamorado de su belleza entró en deseo de quedarle en ella, para entender sus calidades particularmente, pero no lo pudo lograr, por la penuria de Vituallas, que hemos dicho, i la mucha agua, que hacian los Navios: i así al punto que huvo vn poco de buen tiempo, caminó á Leste, tan bien, que el Marres á 19. de Agosto perdió de vista la Isla, siguiendo el camino derecho á la Española, i llamó al Cabo mas Oriental de Jamaica, á la Costa de Medio Dia, *Cabo de Fano*.

*CAP. LIX. Como el Almirante
descubrió la Parte Meridional de
la Española, hasta que vol-
vió por Oriente, á la Villa
de la Navidad.*

Miércoles á 20. de Agosto, vió el Almirante la Punta Occidental de la Española, á que puso por nombre *Cabo de San Miguel*, que distaba 30 Leguas del Cabo Oriental de Jamaica, que oi, por ignorancia, llaman los Marineros *Cabo de Tiburon*. En este Cabo llegó á los Navios, el día 23. de Agosto, vn Cacique, que llamaba al Almirante por su Nombre, i decia otras cosas, de que coligieron ser aquella Tierra la misma, que la de la Española; i á fin de Agosto furgió en vna Isla, que llamó *Aitovel*, en la qual hizo desembarcar la Gente, porque era muy alta, i desde ella se via gran distancia, por si podia descubrir los dos Navios de su Conserva, que havia perdido de vista, pero no vieron ninguno; i al volverse á embarcar mataron ocho Lobos Marinos, que estaban durmiendo en la Arena, i cogieron muchas Aves, i Palomas; porque estando despoblada aquella Isla, i los Animales no acostumbrados á ver Gente, se dejaban matar á palos. Lo mismo hicieron los dos dias siguientes, por esperar los dos Navios, que desde el Viernes pasado andaban muy trabajosos, hasta que llegaron despues, i todos tres juntos fueron á la Isla de la Beata, que dista de la de Aitovel, al Leste doce Leguas, i desde aqui pasaron costeano la Española, á vista de vna Region bellissima, que formaba vna amena llanura, distante vn quarto de

legua del Mar, tan poblada, que parecia vn Pueblo de mas de vna legua de largo, en cuja llanura havia vna Laguna de cinco leguas, de Oriente à Occidente. Y teniendo conocimiento los Indios de los Christianos, llegaron con sus Canoas à las Caravelas, diciendo, citaban allí algunos Christianos de la Isabela, buenos, de que se alegrò mucho el Almirante; i aunque lo sabia, citando à mas adelante, embiò nueve hombres, que arriafaron la Isla, i andavieron por las Fortalegas de Santo Tomás, i la Magdalena, hasta la Isabela; i así con sus tres Navios prosiguió su viage por la Costa al Oriente, i embiò las Barcas à hacer agua à vna Plaia, donde se via vn gran Pueblo, contra las quales salieron los Indios, armados con Arcos, i Flechas avienadas, i con Cordeles en las manos, haciendo señas de que havian de atar con ellos à los Christianos, que prendiesen: pero luego que llegaron las Barcas à tierra, dejaron las Armas, i se ofrecieron à llevar Agua, Pan, i lo demás, que tenían, preguntando por el Almirante, en su Lengua.

Partidos de este parage, siguiendo su camino, vieron vn Pescado muy grande en el Mar, como Ballena, que tenía en el Pescuego vna concha muy grande, como de Tortuga; levaba fuera del Agua la Cabeça, tan grande como vn Tonel, i tenía la Cola como Atun, muy larga, i dos alas, bastante grandes, en las Costillas; i conociendo el Almirante, por este Pez, i otras señales, que queria mudar el tiempo, buscò algun Puerto en que recogerse; i à 15. de Septiembre le depaò Dios vna Isla, à la parte Oriental de la Española, i cercana à ella, à la qual llamaban los Indios *Atamanai*, i con gran tempestad diò fondo en medio de el Canal, que está entre ella, i la Española, cerca de vna Isleta, sita entre ambas: Huvo aquella Noche Eclipse de Luna, i observò el Almirante, que la diferencia, que havia entre aquel Sitio, i Cadiz, era de cinco horas, i veinte i tres minutos; por este motivo creo, que durò tanto el mal tiempo, porque à 20. del mismo Mes se viò precisado à mantenerse en el mismo parage, pero no sin temor del riesgo de los demás Navios, que no havian podido entrar en el Puerto; pero fuè Dios servido de traerlos à salvamento.

Despues que estuvieron juntos, navegaron à 24. de Septiembre, hasta la parte mas Oriental de la Española, i pasaron à vna Isleta, que está entre la Española, i San Juan, à la que llamaban los Indios *Amona*. Desde esta Isleta no prosigue el Almirante su *Diario de la Navegacion*, ni dice, como bolvió à la Española, sino que tendo desde la Amona à San Juan, le diò vna grave enfermedad, entre Calentura Pefilencial, i Frenesi, que le privò de repente de la Vista, i demás Sentidos, i de la Memoria; por lo qual toda la Gente de los Navios determinò dejar la empresa de descubrir todas las Islas de los Caribes, i volverse à la Isabela, adonde llegaron en cinco dias, à 29. de Septiembre; en ella quiso Dios restituir la salud al Almirante, aunque le durò la enfermedad mas de cinco Meses, i atribuyen la causa à los trabajos, que havia padecido, en el Viaje, i à la gran debilidad que tenia, pues solian pasarse ocho dias sin dormir, en ellos tres horas, cosa que parece imposible, si èl mismo no lo afirmase en sus escritos.

CAPITULO LX. Como el Almirante soguzò la Española, i diò providencia, para que fuese util.

Quando volviò el Almirante à la Española, del Descubrimiento de Cuba, i Jamaica, hallò en ella à Bartolomé Colón, su hermano, el que havia ido à ajustar el descubrimiento de las Indias, con el Rei de Inglaterra (como hemos dicho) el qual volviendose à Castilla con los Capítulos concedidos, supò en Paris, del Rei Carlos de Francia, que su hermano el Almirante havia descubierto las Indias, i le socorrió para su Viaje, con cien Escudos, i con esta nueva apresurò su Viaje para llegar à España à ver al Almirante; pero quando entrò en Sevilla, hallò, que havia buuelto à Indias con los 17 Navios, i así se partió luego el año de 1494. à ver los Reyes Catolicos, llevandonos à Don Diego Colón, mi hermano, i à mi, para servir de Pajes al Serenissimo Principe Don Juan, que estè en Gloria, como se lo havia mandado la Reina Catolica Doña Isabel, que estava entonces en Valladolid: Lue-

go que llegamos, llamaron los Reyes à D. Bartolomé, i le embiaron à la Española con tres Navios, donde sirvió algunos años, como resulta de vna memoria, que hallè entre sus papeles, i dice así: *Serví de Capitan desde 14. de Abril de 1494. hasta 12. de Março de 1496. que partió el Almirante à Castilla, i entonces empecè à servir de Governador, hasta 28. de Agosto de 1498. que volviò el Almirante del descubrimiento de Paria, i volviò à servir de Capitan, hasta 11. de Diciembre del año de 1500.*

Pero volviendo al Almirante, decimos, que hallandole en la Española, le hizo Prefecto, i Governador de las Indias, aunque hubo sobre esto contienda despues, por que los Reyes Catolicos decian, que no havian concedido al Almirante poder para dar tal Oficio, i por quitar estas diferencias, se le concedieron sus Altegas de nuevo. Con la ayuda, i consejo del hermano, i desconfiansò el Almirante, i vivió con mucha quietud, aunque por otra parte era bastante molesto de su enfermedad: i por haver hallado casi todos los Indios alborotados, por culpa de Pedro Margarit (de quien à hemos hecho mencion.) Pues, estando obligado à estimar, i tener respeto al que al tiempo de su ausencia, le havia dejado por Capitan con 360 hombres de à pie, i 14. de à Cavallo, para que corriese la Isla, reduciendola al servicio de los Reyes Catolicos, i à la obediencia de los Christianos, i especialmente la Provincia de Cibao, de que se esperaba la principal utilidad, hizo todo lo contrario, porque luego que partió el Almirante, se fue con toda aquella Gente à la Vega Real, que está diez leguas distante de la Isabela, sin querer andar por la Isla, ni recorrerla; con esta ocasion nacieron discordias, i parcialidades en la Isabela, intentando, i solicitando, que los del Consejo, fundado por el Almirante, le obedeciesen, embiendolos Cartas muy divergonçadas, hasta que viendo que no podia salir con el empeño, de ser Superior à todos, por no esperar al Almirante, à quien havia de dar cuenta de su Cargo, se embarcò en los primeros Navios, que llegaron de Castilla, i se volviò en ellos, sin dar otra cuenta de sí, ni dejar orden alguna à la Gente, que se le havia encomendado: de lo qual resultò, que cada vno se fue con los Indios, que quiso, i los quitaban la hacienda, i las Mugeres, dandolos tan-

tas pesadumbres, que los Indios determinaron vengarse en los que hallaban solos, ó en quadrillas, de modo, que el Cacique de la Magdalena, llamado Guatigana, matò diez, i mandò poner fuego secretamente à vna Casa, donde havia 40 enfermos; pero despues de haver vuelto el Almirante, fuè castigado severamente, pues aunque el Cacique no pudo venir à las manos, se prendieron algunos Indios, i fueron traídos à Castilla, en los quatro Navios, que condujo Antonio de Torres, à 24. de Febrero del año de 1495. i tambien fueron castigados otros seis, ó siete, que havian hecho daño à los Christianos en otras partes de la Isla: i si el Almirante no huviera llegado à tiempo de poner algun freno à los Indios, i à los Castellanos, huvieran muerto muchos mas.

En efeto, hallò la Isla en tan mal estado, que la maior parte de los Christianos comerian mil excelos, por lo qual los aborrecian los Indios mortalmente, i rehusaban venir à la obediencia, i los Reyes, ó Caciques estaban todos en determinacion de no obedecer à los Christianos, (i era difícil reducirlos à que constitiesen en esto, por ser, como se ha dicho, quatro los Principales (debajo de cuja voluntad, i dominio vivian los demás) nombrados *Cannabo*, *Guacanagari*, *Beechio*, i *Guarionex*, que cada vno tenia setenta, ó ochenta Señores subditos, que aunque no tributaban nada, tenían obligacion de ir à la Guerra quando los llamaban, para aiutarlos, i à sembrar los Campos, pero como vno de ellos llamado Guacanagari, Señor de aquella parte de la Isla, en que se havia fundado la Villa de la Navidad, perseverase en la amistad de los Christianos, luego que supò la arribada del Almirante, fuè à visitarle, diciendole, que no havia intervenido en el Consejo, ni ajuda de los otros, de lo qual era buen testigo el acogimiento, que en su Tierra havian recibido los Christianos, habiendo estado en ella siempre cien hombres muy bien servidos, i providos de todo aquello, en que podia darlos gusto, i que por esto los otros Reyes se havian hecho enemigos suyos, i especialmente Beechio le havia muerto vna Muger suya, i Cannabo le havia robado otra, por lo qual supplicaba, que se le hiciese volver, i le ajudase para vengar las injurias, que le havian hecho.

Resolvió el Almirante hacerlo así, siendo cierto lo que decía, i se le faltaban las lágrimas quando se acordaba de los que havian sido muertos en la Navidad, como si fueran sus Hijos; i con tanta maior voluntad tomó este empeño, considerando, que por la discordia entre los Caciques, podia foguzarse aquella Tierra, i castigar la rebelion de los demás Indios, i las muertes de los Christianos: Por esto, à 24. de Março del año de 1495. partió de la Isabela, à punto de Guerra, i en su ayuda iba Guacanagari, muy deseoso de vencer à sus Enemigos, aunque le parecia ser la empresa muy dificultosa, teniendo juntos los Enemigos cien mil Indios, i no llevando el Almirante mas que docientos hombres de à pie, veinte Caballos, i veinte Perros Corrios. Conociendo la naturaleza, i calidad de los Indios el Almirante, à dos jornadas de la Isabela partió el Ejercito, con su Hermano el Prefecto, para embestir por diversas partes, à aquella multitud esparcida por los Campos, creiendo, que el temor de oír el etruendo por diferentes partes, los meteria miedo, para que huiesen, como sucedió con efecto, porque habiendo los dos Esquadrones de Infantes embestido por dos partes, abrieron la multitud de Indios, descargando Ballestas, i Arcabuces, i para que no volviessen à juntarse, los asaltaron los Cavallos, i los Perros de improvisó, i aquellos pusilánimes hecharon à huir por todas partes, i los Nuestros siguiendolos, i matando muchos: No hicieron gran estrago con la fuga; pero en breve, con el favor de Dios, alcanzaron victoria, quedando muchos muertos, i otros prisioneros, entre los quales estaba Caunabo, principal Cacique de todos ellos, i sus Hijos, i Mugeres.

Después de esto, confesó Caunabo, que havia muerto veinte de los Christianos, que quedaron con Arana en la Villa de la Navidad, en el primer Viage, quando se descubrieron las Indias, i que después, con color de amistad, se havia apesadumado à ver la Villa de la Isabela, para considerar como podria combatirla, i hacer lo mismo, que havia hecho en la Navidad; de todo lo que dijo, que ya lo havian contado otros antes, recibió el Almirante informacion plena, para castigar aquel delito, i el de esta segunda Rebelion, i llamamientos de Gentes, que havian sa-

lido contra él, en que le hizo prisionero, con su Hermano, i los embió à todos à España presos, porque no quiso ajusticiar vn tan gran Personage, sin que lo supiesen los Reies Catolicos, pues le bastaba haver castigado muchos de los culpados.

Con estas prisiones, i la Victoria alcanzada sucedieron las cosas de los Christianos tan prosperamente, que no habiendo entonces, mas que 630. Hombrés, i la maior parte enfermos, i muchas de sus Mugeres, i Hijos, anduvo el Almirante por la Isla, i sin sacar mas la Espada, la puso tan obediente, i quieta, que todos prometieron pagar à los Reies Catolicos cada tres meses tributo; en esta forma: Que todos los Indios que vivian en Cibao, donde estaban las Minas de Oro, pagase cada vno, que tuviese catorce años, vn Cascabel lleno de Oro en polvo; i la demás Gente, à 25. libras de Algodón: Y para saber los que debian pagar este Tributo, se ordenó, que se hiciese cierta Medalla de Cobre, ó Laton, la qual se diese por recibo à cada vno, que pagase el Tributo, i este la trajese al Cuello, para que qualquiera que fuese hallado sin ella, se supiese que no havia pagado, i que se le sacase alguna pena: no tiene duda, que esta orden tuviera efecto, sino huvieran sucedido después las turbaciones entre los Christianos, que se diran adelante; porque después de la prision de Caunabo quedó tan pacifica la Region, que vn Christiano solo andaba seguro por toda la Isla, i los mismos Indios le llevaban donde queria sobre los hombros, como si fueran postas, todo lo qual atribuia el Almirante à Dios, i la buena fortuna de los Reies Catolicos, considerando, que de otro modo seria imposible, que docientos Hombrés medio enfermos, i mal armados, bastasen à vencer tanta multitud, la qual no solo quiso la Divina Magestad poner debajo de su mano, sino es que permitió tuviesen tan gran falta de vituallas, i tan varias, i graves enfermedades, que los redujo à una tercia parte de los que eran primero, para que se viese mejor que procedian de su Alta Mano, i Voluntad tan milagrosas Victorias, i las fugaciones de los Pueblos, i no de sueltas fuerzas, ni ingenio, ó de su cobardia; puesto que aun quando los Nuestros huviesen sido superiores, era

cierto, que la multitud pudiera suplir qualquier ventaja, que los llevasen los Nuestros.

CAP. LXI. De algunas cosas, que se vieron en la Isla, i de las Costumbres, Ceremonias, i Religión de los Indios.

Haviendo encontrado à la Gente de aquella Isla mas domestica, i conversando con los Nuestros con mucha seguridad, se adquirió conocimiento de muchas cosas, i secretos de aquella Region, especialmente, que havia en ellas Minas de Cobre, Añil, Ambar, Evano, Incienso, Cedro, i muchas Gomas finas, i Especieros de diversas maneras, aunque silvestre, que si las cultivasen, podrian perfeccionarse como la Canela fina de color, aunque amarga el Gengibre: muchas especies de Moreras, para hacer Seda, que todo el Año tienen hoja, i otros muchos Arboles, i yerbas de provecho, de que no tenemos conocimiento: Supieron tambien los Nuestros otras muchas cosas acerca de sus costumbres, que me parecen dignas de ser contadas en esta Historia, i empegando por las Divinas, diré las palabras mismas del Almirante, las quales dejó escritas en esta forma: No he podido comprender en ellos Idolatria, ni otra Setta, aunque todos sus Reies, que son muchos, así en la Española, como en todas las demás Islas, i en la Tierra-Firme, tengan vna Casa, cada vno, separada del Pueblo, en la qual no ai cosa alguna, excepto algunas figuras de Relieve, que ellos llaman Cemís, i aquella Casa no sirve para otros efectos, ó servicios, que para estos Cemís, i para cierta ceremonia, i oracion que van à hacer los Indios en ella, como nosotros en la Iglesia: Tienen en esta Casa vna Tabla bien labrada, redonda como vn Taller, en que ai algunos polvos, que ponen sobre la cabeza de los dichos Cemís, haciendo cierta ceremonia; después se meten en las narices vna caña de dos ramos, con la qual sorben aquel polvo. Las palabras que dicen, no las entiendo ninguno de los Nuestros: con estos polvos salen de juicio, quedando como borrachos; à la Estatua referida, la ponen vn Nombre, que creen sea el de su Padre, ó su abuelo, ó de ambos, porque no tienen mas de vna, i otras mas de diez, todas en memoria, como he dicho, de alguno de sus antecesores, he recono-

cido, que alaban à vna mas que à otra; i he visto tenerla mas devocion, i reverencia, como Nosotros en las Proceçiones quando son monester; i se alaban los Caciques, i los Pueblos, jactandose de que tienen mayor Cemí, que los otros; guardanse de los Christianos quando van à estos Cemís, i entran en la Casa donde están, i no los dejan entrar en ella, por cuyo motivo, quando sospechan, que han de venir, esconden los Cemís, por miedo de que no se los quiten: i lo que causa mas risa es, que ai costumbre entre ellos, de robarse los Cemís, vnos à otros. En vna ocasion sucedió, que teniendo los Indios sospecha de Nosotros, entraron los Christianos en la dicha Casa con ellos, i de repente, empezó à gritar el Cemís fuertemente, i habido en su lengua, por lo qual se descubrió, que era fabricada artificialmente, pues la Estatua era bueca, i tenia acomodada por la parte de abajo vna Trompeta, ó Zorbatana, que iba à dar à vn lado oscuro de la Casa, el qual estaba cubierto de Hojas, i Ramos, i escondido entre ellos vn Indio, que decía lo que el Cacique queria que dijese; i advertidos los Nuestros de lo que podia ser, dieron vna patada al Cemí, i descubrieron lo que he referido; pero el Cacique, viendo descubierta por los Nuestros el Negocio, les rogó, con grande instancia, que no diesen nada à sus Indios, porque con aquella estratagemas los tenia obedientes: Esto podiamos decir, que tenia vn color de Idolatria, por lo menos en aquellos, que no sabiendo el secreto, ó engaño, de los Caciques, creian, que el que hablaba allí era el Cemí; i todos, en general, eran los engañados; excepto el Cacique, que era el que sabia, i encubria su falsa credulidad, por medio de cuya traza sacaba à aquellos Pueblos todos los Tributos, que le parecia.

Igualmente, la maior parte de los Caciques tienen tres Piedras, con las quales tienen gran devocion ellos, i sus Vasallos: Una dicen, que es buena para que nazcan los frutos, i legumbres. Otra, para que paxan las Mugeres sin dolor: i Otra para tener Agua, i Sol, quando la necesitaren. Embió à vuestras Altezas tres de estas Piedras, con Antonio de Torres, i llevaré otras tres: Asimismo quando mueren Indios, les hacen sus Exequias de diversas maneras, i de la que se entierran los Caciques, es la siguiente. Abren el Cacique, i le secan al fuego, para que se conserve entero, de los demás, solamente la cabeza; à otros los entierran en Cuebas, i se ponen junto à la Cabeza vna Calabaza de Agua, i otros à otros quempan en la Caja donde mueren, i

quando vñ que están en el estremo de la vida, no los dejan acobarla, que antes los abogan, i esto se hace entre los Caciques; a otros los bebian fuera de Casa, à otros los bebian en vna Amaca, que es su Cama de Redes, i los ponen Agua, i Pan à la parte de la Cabeça, i los dejan solos, no volviendo à verlos mas: tambien algunos, que están gravemente enfermos, son llevados al Cacique, i él los dice, si deben ser abogados, ò no, i executan lo que manda. Me he fatigado mucho en entender lo que creen, i donde van despues de muertos; i especialmente procuré saberlo de Canabo, que era el Prinsipal Rei de la Española, hombre de edad, de mucho saber, i de ingenio agudísimo, i respondia, que van à cierto Valle, donde cada Cacique Prinsipal cree, que está en su Tierra, afirmando, que ballaban allí à sus Padres, i à todos sus Antecesoros; que comen, tienen Mugeres, i muchos placeres, i alegrías, i lo mismo respondian otros, como mas dilatadamente se contiene en la Escritura siguiente, que mandé hacer à V. Roman, para que recogiese todos sus Ritos, i Antiquidad, porque sabia su Lengua bien que son tantas las Fabulas, que no pudo sacarlas otro frato, sino que cada vno tiene vn cierto natural, respectivo à lo futuro, y cree la Inmortalidad de nuestras Almas.

E S C R I T U R A,

DE FR. ROMAN, DEL
Orden de San Geronimo.

De la Antiquidad de los Indios, la qual, como sugeto, que sabe su Lengua, recogió con diligencia, de orden del Almirante.

YO Fr. Roman, Pobre Heremita, del Orden de San Geronimo, escribo lo que he podido entender, i saber de la creencia, è idolatria de los Indios, i como observaban sus Dioses de orden de el Ilustre Señor el Almirante, Virrey, i Governador de las Islas, i Tierra Firme de las Indias, de lo qual trataré en la presente Escritura.

Cada vno de los Indios observa, particular modo, i supersticion en adorar los Idolos, que tienen en Casa, que llaman *Cemines*: creen, que aia, como en el Cielo, entre immortal, i que nada puede verle, i que tiene Mapre,

i no principio, à este llaman *Jocabuangu* *Maorocon*, i à su Madre, *Atabei*, *Jemao*, *Guncar*, *Apito*, e *Zimaco*, que son cinco nombres. Estos de que Yo escribo, son de la Isla Española, porque de las otras Islas no sé cosa alguna, por no haverlas visto jamás: Saben asimismo de que parte vinieron, i de donde tuvo origen el Sol, i la Luna, i como se hizo el Mar, i donde van los difuntos: Creen que los muertos se les aparecen quando va vno solo; pero quando muchos juntos, todo esto les han hecho creer fus pasados, porque ellos no saben leer, ni contar sino hasta diez.

La Española tiene vna Provincia llamada *Caanau*, en la qual ai vna Montaña, que se llama *Canta*, donde ai dos Cuebas, llamada la vna *Cacibagiagua*, i *Amatsuba*, la otra. De *Cacibagiagua* salió, la maior parte de la gente, que pobló la Isla. Quando estaban en la Cueba, tenían guarda de noche, la qual estaba encomendada à vno, que se llamaba *Marocael*, este havia tardado en venir vn día à la Puerta, dicen que el Sol se le llevó; viendo que el Sol se le havia llevado à este, por su mala guardia, le cerraron la Puerta, i se transfirió en piedra cerca de ella. Dicen mas que à otros, haviendo ido à pescar los cogió el Sol, i se volvieron Arboles, que ellos llaman *Jobos*, i notolos *Mirabolanos*.

El motivo porque *Marocael* elabó, i hacia la guardia à la Puerta, era para mirar à qué parte quería embiar la gente, ò repartirla, i por su tardança se les causó mucho mal.

Sucedio, que vno que tenia por nombre *Guagugiona*, dijo à otro, que se llamaba *Jadruvaba*, que fuese à coger vna ierva llamada *Digo*, con que se limpian el cuerpo quando van à lavarse; à este le cogió el Sol en el camino, i se volvió Pájaro, que canta por la mañana, como el *Ruisenor*, i se llama *Giahuba Bagiael*. Viendo *Guagugiona*, que no volvía el que havia ido à coger la ierva *Digo*, determinó salir de la Cueba *Cacibagiagua*.

Resolvió partirse *Guagugiona* irriado, viendo que no volvian los que havia embiado à coger el *Digo* para labarse, i dijo à las Mugeres: *Dejad vuestrs Maridos, i vamos à otras Tierras, i llevemos muchas Fojas, dejad à vuestrs hijos, i llevemos solamente las iervas con nosotros, i despues volveremos por ellos.*

Cap. 2
de que
partio
vinie-
ron los
Indios,
i en que
modos

Cap. 5
Que
lleva-
ro des-
pues
otra
vez
Muge-
res de
la Es-
pañola

Cap. 2
como
se divi-
dieron
los hom-
bres de
las Ma-
geres.

Cap. 6
Que
Guaga-
giona
bolvió
à Cau-
ra, de
donde
havia
sacado
las Mu-
geres

Cap. 4

Partió *Guagugiona*, con todas las Mugeres, i anduvo buscando otros Países, llegó à *Marinino*, donde dejó à las Mugeres de repente, i se fué à otra Region, llamada *Gaanin*. Las Mugeres havian dejado los Niños cerca de vn Arroio, i quando empezó à afligirlos la hambre, dicen, que lloraban, i llamaban à las Madres, que se havian ido, que los Padres no podian remediarlos, i hambrientos clamaban à las Madres, diciendo *Mama*; pero verdaderamente pidiendo la Teta, i así llorando, i pidiendo la Teta, decian *Tee, Tee*, como quien pide con gran deseo, i por mucha comodidad. Entoncez fueron transformados en Animállos como Enanos, que se llaman *Tona*, porque pedían Teta, i que de este modo quedaron sin Mugeres todos los Hombres.

La Isla llamada *Española*, que antes se llamaba *Aiti*, i así se llamaban los habitadores de ella; i aquella, i las demás Islas, los llamaban *Boubi*; pero como los Indios no tienen Escritura, ni Letras, no pueden dar buena raxon del modo, que han sabido esto de fus pasados; i así no se conforman en lo que cuentan, ni aun se puede escribir con orden, lo que refieren. Quando se iba *Guagugiona*, llevó el que llevaba las Mugeres, las de su Cacique tambien, que se llamaba *Anacacugia*, engañandole, como engañó à los demás. Y además vn Cuñado de *Guagugiona* *Anacacugia*, que iba con él, entró en el Mar: i dijo el dicho *Guagugiona* à su Cuñado, estando en la Canoa: *Mira que hermoso Cobo está en el Agua* (el Cobo es *Caracol Marino*) i mirando el Agua, para ver el Cobo, le agarró por los pies *Guagugiona*, su Cuñado, i le arrojó al Mar, i así romó para sí todas las Mugeres, i dejó las de *Marinino*, donde se dice, que oi no ai mas que Mugeres, i él se fué à otra Isla, que se llama *Guanin*; i se llamó así por lo que llevó de ella, quando fué allí.

Dicen, que estando *Guagugiona* en la Tierra donde havia ido, vió vna Muger, que havia dejado en el Mar, de que tuvo gran placer, i al instante buscó muchos laboriosos, para labarse, por estar plagado del mal, que llamamos *Francés*; metióse despues en vna *Guanara*, que significa, Sitio apartado, donde sanó de sus llagas. Despues ella le pidió licencia para irse, i él se la dió. Esta Muger se llamaba *Guabonito*, i *Guaga-*

giona se mudó el Nombre, llamandose despues *Biberoci Guagugiona*, al qual dió *Guabonito* muchos *Guaninis*, i farras de *Piedrecillas*, para que se las atafe en los brazos, porque en aquella Tierra son las *Gargantillas* de piedra, que se parece mucho al *Mar-mol*, i las traen atadas à los brazos, i en la Garganta, i los *Guaninis* en las orejas, haciendose los agujeros, en ellas quando niños, i son de metal de Florin. Dicen, que el principio de estos *Guaninis* fueron *Guabonito*, *Albeborael*, *Guagugiona*, i el Padre de *Albeborael*. Quejóse en la Tierra *Guahagiona* con el Padre, que se llamaba *Hiauna*. Su Hijo, de parte de Padre, se llamaba *Hia Guaili Guanin*, que quiere decir, Hijo de *Hiauna*; i desde entoncez se llamó, i hasta oi se llama, *Guanini*. Mas como no tienen Letras, ni Escrituras, no saben contar bien estas Fabulas, ni Yo puedo escribir las bien, por lo qual me persuadé à que trabuco las cosas, ipongo primero lo que havia de ser lo vltimo, i al fin lo primero; pero todo lo que confusamente escribo, lo cuentan ellos así, i así lo escribiendo de la misma forma, que lo he sabido de los Indios del País.

Dicen, que vn Día fueron à labar los Hombres, i que estando en el Agua llovía mucho, i tenían gran deseo de tener Mugeres; i muchas veces quando llovía iban à buscar las huellas de las suias, sin poder hallar nueva alguna de ellas, sino aquel día, que labandose, dicen, que vieron caer de algunos Arboles, por entre las Ramas, cierta especie de Personas, que no eran Hombres, ni Mugeres, ni tenían naturas de vnos, ni otras; que fueron à cogerlas, i huieron como Aguilas, por lo qual llamaron, de orden del Cacique, dos, ò tres hombres, viendo, que no podian cogerlas, para que las aguardasen, i buscasen, para cada vna vn Indio *Caracacol*, que tenia muy ásperas las manos, i que así las tendrían estrechamente, sin que se les escurriesen; dijeron al Cacique, que havia quatro de estos *Caracacoles*, i los llevaron. Es el *Caracacol* vna Enfermedad como Tña, que causa gran aspereza en el Cuerpo. En efecto, las cogieron, i haviendo tenido Consejo sobre el modo de hacer estas Personas, Mugeres, por faltarles naturaleza de ellas, i de Hombre.

Buscaron vn Pájaro, que se llama *Juriri*

Cap. 7
Como
fueron
Ma-
geres
otra
vez à
la Isla
Aiti, è
Espa-
ñola